

UN BALNEARIO IGUAL QUE HACE CIEN AÑOS

ESTE es un antiguo balneario cargado de literatura, como casi todos los balnearios españoles que tuvieron su época de esplendor. Porque hubo un tiempo en que estos establecimientos estuvieron de moda y fueron, por tanto, escenario de idilios, residencia de políticos que recibían allí visitas, celebraban reuniones y hasta creemos haber leído que en algún balneario español llegó a celebrarse un Consejo de ministros.

Las familias se reunían en los balnearios de una manera tradicional. Iban los padres a tomar las aguas, a «echarse un remedio para el invierno», mientras la

gente joven aprovechaba para divertirse en tertulias, juegos y bailes, que siempre tenían un matiz original en estos establecimientos. Al mismo tiempo, la temporada en el balneario servía para descansar, para volver al trabajo transformado, con excelente humor, debido a la vida tranquila e higiénica que se había hecho.

Ahora el veraneo consiste en hacer todo lo contrario. Dígame usted si no cómo es posible descansar acudiendo diariamente a las playas, haciendo deporte por la tarde y ballando por la noche. Lógicamente el veraneante vuelve del veraneo cansado. Las

excursiones no le han permitido una tarde de siesta, los libros que había llevado para leer vuelven en la maleta sin haber sido abiertos. Con toda seguridad, uno que iba pensando en que podría dejar el barbitúrico para poder dormir durante el tiempo del veraneo, resulta que ha tenido que administrarse doble dosis. El sol, tomado con exceso, le ha producido frecuentes dolores musculares. Al regresar a casa se ha encontrado con los recibos de la renta de agosto, del teléfono y de la suscripción de la Prensa, amén de otras pequeñas cuentas, que, como los enemigos, se multiplican sin saber cómo. Y todo por pasar un mes estúpido, con la preocupación de que, si llovía al día siguiente, le obligaba a pasar la mañana, jugando a las cartas en el café próximo a la playa, pensando que aquello era una monserga y que para eso se hubiera quedado mejor en Madrid.

Los balnearios no son mejores ni peores, porque los balnearios son exactamente igual que hace cien años. Lo que ya no es igual es la mentalidad de la gente, un poco arbitraria si se quiere. Porque en este momento en que se habla obsesivamente de la vida moderna, de la agitación y de la angustia de la vida, resulta que la gente, cuando podía descansar un mes en un balneario, se va a la playa, donde se cansa más y donde el veraneo le resulta económicamente mucho más caro. Hay que pensar que somos un poco masoquistas y que nos divierte más lo que nos perjudica a la economía y a la salud. Como aquel señor que mientras se tomaba un postre de helado comentó con un amigo: «Es realmente un gran helado. ¡Qué lástima que el tomarlo no sea pecado!»

Este balneario, al que he venido de visita, ha servido de fondo a una época de cultura, política e historia de Asturias. Se trata del balneario de Caldas de Oviedo, a diez kilómetros de la capital, emplazado en uno de los más bellos y apacibles lugares de Asturias. Parece ser que sus aguas eran ya conocidas por los romanos. En 1776, la Diputación Provincial construyó el balneario y el hotel correspondiente, cuyo proyecto se debe al arquitecto Reguera, discípulo de Villanueva. En 1860 fué sacado a subasta pública y se adjudicó a don José González Alegre, que lo mejoró notablemente, hasta que en 1920 pasó a ser Sociedad Anónima.

Su manantial aparece en una gruta natural, digna de ser visitada, y surge entre las grietas de unas rocas de caliza carbonífera, con caudal de 140 litros por minuto y temperatura invariable de 43 grados.

Me explica el doctor Jaime Alvarez Buyla que las aguas del balneario de Caldas están indicadas en los reumatismos diversos, gota crónica, parálisis locales y generales, incluso las procedentes de apoplejía cerebral; neuritis y neuralgias, especialmente las ciáticas, entre otras cosas.

El hotel del balneario conserva aún un gran encanto, con sus salones de baile, de billares, de tresillo y biblioteca. Los grandes comedores con muebles del siglo pasado, intencionadamente conservados, evocan otros tiempos de este establecimiento que ya son históricos, así como la gran terraza con toldo, situada en la parte delantera del edificio, donde se han celebrado y se celebran amplias tertulias, a la hora del atardecer, desde hace más de cien años.

En una de las habitaciones, en la parte antigua, de este hotel del balneario de Caldas vivió una temporada don Práxedes Mateo Sagasta, por lo cual el personal del establecimiento la distingue siempre por «la habitación de Sagasta».

A unos pasos del balneario, caminando hacia el fondo del pueblo, está situado el llamado castillo de las Caldas, en medio de una gran extensión de campos y con un río que, aunque ahora baje negro porque lavan en sus aguas, unos kilómetros antes, el carbón de las minas, hace algunos años bajaba cargado de salmones.

Hay que poner otra vez de moda los balnearios, o quizá ellos mismos vuelvan a imponerse en la vida moderna, que marcha ya con demasiada precipitación y bastante incongruencia.

7 Agosto 1959.